

# CEDEÓN

ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACIÓN DE ESPAÑA

10 céntimos NÚMERO SUELTO 10 céntimos

DIRECCIÓN: LOPE DE VEGA, 39 Y 41.—ADMINISTRACIÓN: SERRANO, 55

AÑO XI

MADRID, JUEVES 6 DE ABRIL DE 1905

NUM. 489



## TEMORES INFUNDADOS

UNO DE LA HUERTA.—PASE USTED SIN CUIDADO, DON RAIMUNDO, QUE NO MUERDE.

# JUEVES DE GEDIÓN



Tengo el gusto de presentarte, querido Calínez, á nuestro nuevo compañero de Jueves, el distinguido barón de Furcius, joven que posee casi tantas lenguas como Villaurrutia, y que decidido á dedicarse ora á la diplomacia, ora á la política, me ha suplicado le admitamos en nuestros coloquios para participar de la ciencia que poseemos.

—Acepto con verdadero agrado su amistad, y desearé que la mía le sea útil en algo.

—Yo, señores, conmovido por su amabilidad, sólo he de decir que vengo aquí de oyente y dispuesto á recoger las enseñanzas de dos lumbreras políticas como Gedeón y Calínez.

—Habla bien este muchacho, Gedeón.

—Pues si le oyeras en inglés, te quedabas bizco. Como que Villaverde pensó darle la embajada de España en Londres para un apuro. Pero como el baroncito es todavía menor de edad, no pudo efectuarse el nombramiento, y en compensación le tienen reservada una senaduría vitalicia. Ea, barón, suelte usted cualquiera de sus lenguas y empiece á practicar diciéndonos qué se cuenta por Madrid.

—La cosa pública, señores, se encrespa cada día más, bajo una calma aparente. Hace muy pocos días se insubordinaron con gran violencia las enfermas del Hospital de San Juan de Dios.

—Mal anda entonces la cosa pública.

—Pues si del Hospital de San Juan de Dios vamos á la Presidencia del Consejo de Ministros...

—Desinféctese usted, barón.

—También nos encontraremos allí con nuevos enfermos.

—¿Cómo! ¿Villaverde? ¿A sus años?...

—El proyectado viaje á las Galias le produce graves quebraderos de cabeza, después de lo ocurrido en Tánger. Las simpatías por el Emperador de Alemania, que en la ciudad marroquí expresaron elocuentemente los españoles que allí residen, dificultan la expedición gálica, que bajo tan risueños caracteres presentábase antes.

—Tal vez ese motín hospitalario á que usted se refirió constituya un aviso providencial. Medite, D. Raimundo, y si aún es tiempo, déjese de festejos gálicos. Esas visitas francesas suelen ser muy peligrosas, porque á lo mejor asoman los pitos. Hombre, y del viaje á Valencia ¿qué hay? ¿Es cierto que el P. Nozaleda renuncia á la mano de Doña Leonor valenciana y se va á Roma por todo ó por lo que quedó de Filipinas?

—Precisamente acabo de hablar de eso mismo con mi ilustre jefe D. Antonio Maura.

—¿Ah! ¿Pero usted es maurista, barón?

—¿Y qué joven bien educado por la Compañía, y en expectativa de contraer un excelente matrimonio, no lo es?

—¡Caramba, caramba! Usted hará suerte, mi querido Furcius. Maurista, casado y con varias lenguas, así se llega á todo. No desconfío de verle á usted de gobernador civil de Madrid, ó tal vez de ministro en la primera situación que formen los suyos, que será, naturalmente, la de desahucio para España. Pero volvamos al R. P. Nozaleda. ¿Qué decía D. Antonio de éste?

—Decía con aspecto seráfico, ¡porque cuidado que es bello! que Dios Nuestro Señor le había visitado una vez más, inspirándole la designación de Nozaleda para la diócesis de Valencia. Sus enemigos, bajo capa de correligionarios, datisitas y villaverdistas, sobre todo los últimos, habíanle dispuesto diversas asechanzas y tramas para arrojarle del Poder, consiguiéndolo á la postre. Pero ahí quedaba el P. Nozaleda para vengarle de todos. En su mano está el empujarle camino de Valencia, y si le empuja en esa dirección, se acabaron los otros viajes. En la estación del Mediodía hay dos trenes preparados para Valencia; si sale el de los hábitos morados, no sale el de las casacas bordadas. Por eso D. Antonio alaba á Dios y reza el rosario de cuentas muy gordas con el marqués de Ibarra, agradecido á la inspiración divina, que le indujo á tal nombramiento.

—¡Mucho tiene, efectivamente, que agradecer el ilustre hombre público á la Divinidad! Le concedió todos los dones, menos el de fundar periódicos. ¿De suerte que el P. Nozaleda es una especie de flecha del parto? ¡Muy indecoroso me parece eso para todo un señor Arzobispo!

—¡Y menos mal que fuera la flecha del parto, Gedeón!

—¿Pues qué es, Calínez?

—Según todos los síntomas, la flecha del aborto.

—¡Ah, señores, cuántas y qué bellas cosas de alta política se aprenden en su compañía!

—No se entusiasme usted aún, barón, que otras más primorosas ha de oír si continúa participando de nuestros coloquios.

—Eso del parto, ni lo sospechaba yo siquiera. En nuestros colegios y en nuestros círculos, las flechas jamás producen ese resultado.

—Bueno, bueno, querido Furcius, cada día se aprende una cosa nueva, y en este mundo hay que abrir el ojo.

—Por eso no ha de quedar. En nuestros colegios y en nuestros círculos...

—Diga usted, barón, ¿y qué hay de Cortes?

—¡Un disparate!

—¿Qué, ya se ha decidido Villaverde?

—Verán ustedes. Un momento antes de venir aquí, cambié varias lenguas con Villaurrutia en el Ministerio de Estado.

A fin de serles útil procuré informarme de los planes del Gobierno, y al llegar al punto de las Cortes, me dijo Villaurrutia en sueco: «Ha de saber usted, barón, que, según acaba de descubrir Villaverde, el Gabinete que preside (con vistas á la calle el día menos pensado) no infringe la Constitución aunque no presente los Presupuestos á las Cortes el próximo mes de Mayo, porque aunque es cierto que la Constitución así lo manda, lo manda para que se verifique cuando estén las Cortes abiertas, pero no estando cerradas.»

—A ver, á ver. ¡Qué barbaridad!

—Hombre, claro, estando cerradas las Cortes, como no metan los Presupuestos por debajo de la puerta como si fuesen entregas de novelas...

—Pero es que la Constitución, al mandar que los Presupuestos generales del Estado se presenten á las Cortes en Mayo, manda implícitamente que éstas se hallen abiertas entonces, porque á la Constitución no se le podía ocurrir que hubiese un Gobierno constitucional que no pudiera vivir ni en ese mes ni en otro alguno sino con las Cortes cerradas, á espaldas precisamente del Parlamento. Es como si el Papa hubiese dispuesto que los domingos se celebraran misas en todas las iglesias, y los presbíteros le respondieran: «Santísimo Padre: celebraremos misas esos días si están abiertas las iglesias, pero no si están cerradas.» «¡Pues ábranlas ustedes, señores presbíteros!» les respondería con mucha razón y bastante enojo el Padre común de los fieles. Y después de todo, ¿qué le puede ocurrir á Villaverde en el Congreso? ¿Caer? ¡Si ya está más caído que la misma peseta!

—Mucho me regocija, Gedeón, oírle á usted esos juicios. Villaverde nos carga á los mauristas. Es un señor que toca el bombardino: muchos gruñidos y poca música. Nosotros estamos por los flautistas como el divino Maura. ¡Oh, la flauta, qué instrumento tan simpático!

—¿La toca usted?

—¿Qué preguntas tienes, Calínez; el barón sabe de todo: como que se ha educado en nuestros mejores colegios! Ea, les dejo á ustedes en ésta su casa y me voy á visitar á mi buen amigo Lacierva.

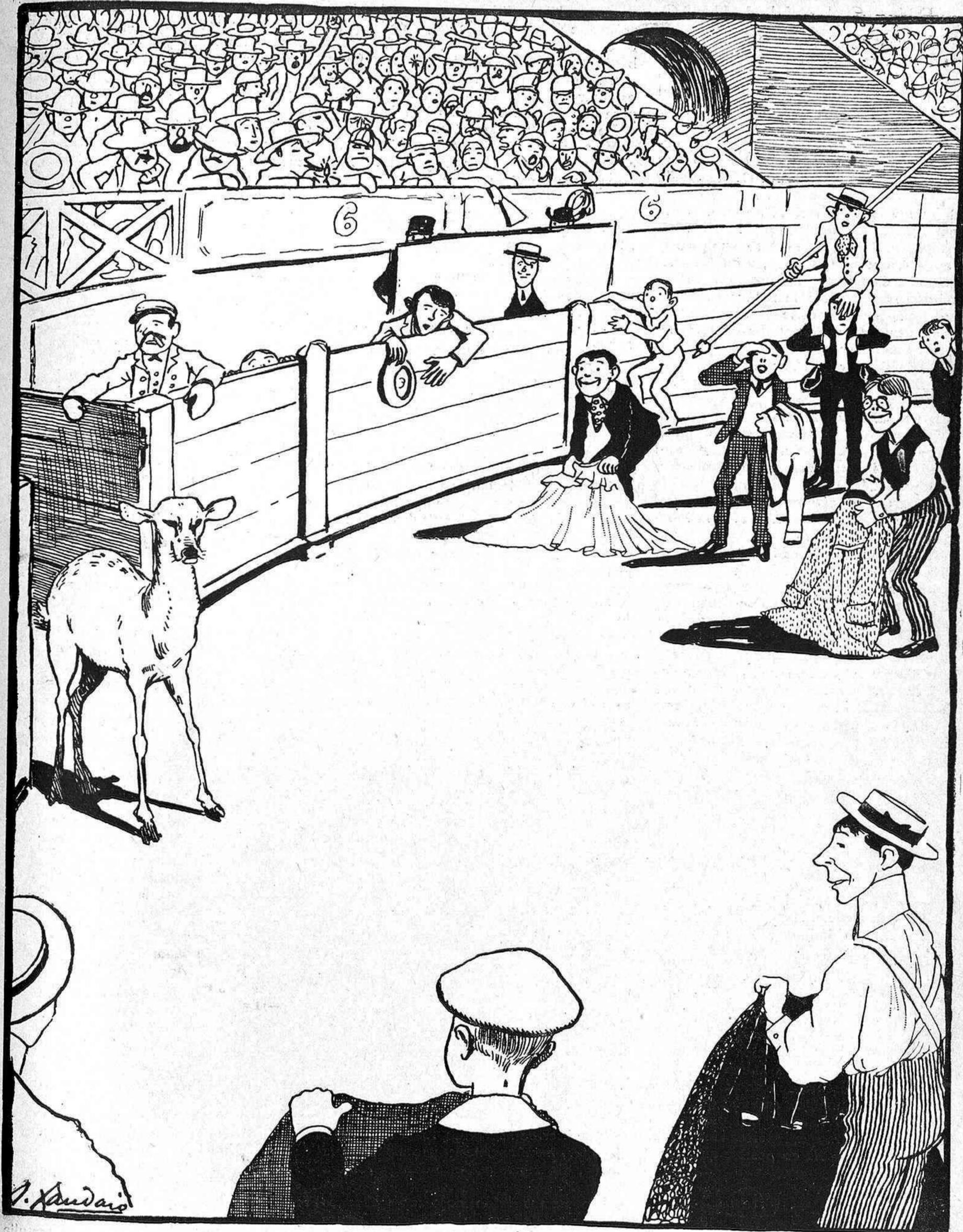
—No vayas, Gedeón, ó toma precauciones.

—¿Por qué?

—Porque está con la brama.

—Es natural: ¡tanto y tanto le han hecho bramar los estudiantes!... Pero en fin, trataré de no acercarme demasiado. Le voy á hablar del minúsculo y cinematográfico Centenario del *Quijote*, proponiéndole que fije en la fachada de su Ministerio la siguiente inscripción:

«A Miguel de Cervantes le dió una Cierva un glorioso apellido, y Lacierva se lo deshizo.»



## LA BECERRADA DE LOS ESTUDIANTES

¡QUÉ DEMONIO DE CHICOS! CON TAL DE DIVERTIRSE, SON CAPACES DE TOREAR HASTA Á LA CIERVA

## LOS CELOS DE DON RAIMUNDO

Nuestro formidable Presidente no duerme, no come, no sana, porque su espíritu está totalmente embargado por una gran preocupación. No es el problema monetario, ni el de las subsistencias, ni la apertura de Cortes, ni la sombra de Nino-Maura lo que á tal extremo le tiene poseído, no; es algo para él muy superior y elevado. D. Raimundo está celoso; así, celoso, ni más ni menos, del triunfal viaje del Kaiser-Lohengrin por Marruecos, llamado por la Elsa marroquí, y piensa en el efecto que su presencia causaría en el Zoco, y en las zalemas que en su honor estrenaría Muley Abd-el-Malek, tío del sultán y pirotécnico. La impetuosa corriente española que con motivo del viaje del Emperador alemán se ha desbordado por calles y plazas tangerianas en vitores, arcos y percalinas, han llevado á su ánimo el más firme convencimiento de exhibir su presidencial tripa por la ciudad moruna.

Todos los telegramas reflejan el entusiasmo de los moros por nuestra nación: banderas, himnos con letras alusivas, y una verdadera lluvia de *confetti* con la inscripción de «¡Viva España! ¡Viva el Emperador Guillermo!... ¡Viva la independencia marroquí!»

D. Raimundo quiere ir por el último viva, por el «¡viva Villaverde!», aunque se maree en el trayecto, porque ¡qué demonio! tiremos de frase: si París bien vale una misa, lo que es para Villaverde, un «viva» vale mucho más, aunque se lo dieran los moros, únicos capaces de dárselo, según nuestro modestísimo criterio. Ver correr la pólvora, como no hace muchos días en Madrid con ocasión del entierro de un jornalero, saludar á su paso á una multitud adorándole en cuclillas,

¡Oh, qué bel sogno!

como dice el auténtico *Lohengrin*.

Y luego la Prensa, esa condenada Prensa inflándole su excursión en calurosos telegramas: *Villaverde y el tío del Sultán*, *Villaverde y los hebreos*, *Villaverde y las moras*, *Los regalos del Sultán*, *Villaverde y La triple alianza*.

—¡Eso, eso son viajes!—dicen que exclamó Villaverde al leer los primeros despachos del recibimiento á Guillermo II, y no tener que ir á Valencia para contemplar á Rodrigo Soriano y á los blasquistas.

¡Pobre D. Raimundo! El éxito del Kaiser le trae muy conturbado.

Por nuestra parte, haremos cuanto nos sea posible para decidir al formidable D. Raimundo á la realización de ese viaje triunfal, inclinando su ánimo para que lleve como presente delicado al Sultán, á nuestro buen amigo Vadillo, que como moro triste no hará un mal papel, y á García Alix para que les airee la moneda, ya que á sanearse es posible que no se comprometa.



### ¡El papel vale más!

(NOTAS BIBLIOGRÁFICAS)

Ustedes no conocen al escritor más detestable de cuantos estropean lo poco que nos va quedando de idioma castellano?

Ya, ya les veo á ustedes haciendo calendarios, contando por los dedos. Ya me figuro las candidaturas... Habrá quien se incline á Jackson Capuz, habrá quien vote por Cavestany. No será difícil que bata el *record* el maestro Grilo... ¡Vaya usted á saber! ¡Hay tantos que pudieran ostentar los más considerables méritos para conseguir ese preciado título!...

Ea, voy á dar más señas.

El escritor de quien trato ¿cómo no? es académico de la Lengua y de Ciencias Morales y Políticas.

Como ustedes ven, esto restringe mucho el número de agraciados ó agraciables; pero aún así, todavía veo apoderarse de los ánimos de ustedes terribles é insolubles dudas.

¿Será Silvela (D. Francisco)?

¿Será Pidal (D. Alejandro)?

¿Será el otro Pidal?

¿Será ¡cielos! será el propio Presidente del Consejo de Ministros, D. Raimundo F. Villaverde, quien hasta después de ingresar en la Academia desconocía el uso de ciertos chismes que vió allí en la mesa presidencial, y al preguntar qué sería aquéllo, supo con asombro que eran las plumas de escribir?

La verdad, son tantos los escritores malísimos pertenecientes á ambas doctísimas Corporaciones, que comprendemos y justificamos muy bien los titubeos de ustedes, queridos y escasos lectores.

En España casi todo el mundo escribe mal, excepto los académicos, que escriben peor, sobre todo si además de académicos son políticos, pésimamente si á más de políticos son conservadores.

Y quien no quiera creerlo, dé un repaso al voto particular de D. Francisco Silvela en la cuestión de los toros dominicales.

¿Verdad que parece escrito por el Presidente de la Asociación de Betuneros, Limpiabotas y Pintores del carzado (como dicen en Sevilla)... con los pies de un cliente moroso?

Pero no divaguemos.

Salgan ustedes de esa ansiedad, y sepan que el escritor más chirle que existe en España, según opiniones autorizadísimas, es el respetable académico de la Lengua (nada menos que de la Lengua), señor conde de Casa Valencia, persona, por otra parte, apreciable, digna de las mayores consideraciones y muy popular en las plataformas de los tranvías y en las salidas de teatros donde haya apreteosis final.

Librenos Dios del malsano deseo de ofender ni molestar á tan venerable prócer, quien desempeñó la Embajada de España en Inglaterra y otra porción de misiones y comisiones difíciles. Aquí sólo queremos consignar que en nuestra humilde opinión es el primer cacógrafo de España y sus antiguas y desgraciadas Indias, entendiendo por *cacógrafo* la persona que escribe acerca de los asuntos más baladíes, insustanciales y prosaicos, en la forma, digámoslo así, más desagradable é iliteraria.

No hemos leído nosotros (¡librenos asimismo de ello el Sumo Hacedor!) todo lo que ha publicado el señor Conde, sino únicamente su última obra. ¡Libro peregrino, libro inapreciable y único en su género!

Hasta el título es genial: *En Inglaterra, Portugal y España de 1856 á 1860*.

Las principales cualidades psicológicas y literarias del conde de Casa Valencia, según se ve en este libro, son: 1.<sup>a</sup>, la excelente costumbre de apuntar cuidadosamente las horas y minutos en que se han realizado los más insípidos y vulgares acontecimientos de su vida, y 2.<sup>a</sup>, el amor á las trasposiciones. En esto último, que ignoramos si tendrá algún significado simbólico y esotérico, inasequible á nuestros cortos alcances, el conde de Casa Valencia es un verdadero genio. Coloca una trasposición en la punta de una lanza. Y como no queremos que solamente bajo nuestra palabra honrada gocen ustedes de estos primores, vamos á copiar unos párrafos de este precioso y archisugestivo libro autobiográfico, en comparación del cual las *Memorias* del caballero de Grammont y hasta las de Frégoli no son sino aburridas é insulsas narraciones.

Copiamos algo referente á Inglaterra:

«Con verdad se ha dicho que los países en que mayor número hay de mujeres bonitas son los Estados Unidos, Inglaterra, Hungría y España. En los Estados Unidos apreciarlo pude las dos veces que allí estuve. En Inglaterra me convencí de que sucedía lo propio, en los tres años que fui segundo Secretario de nuestra Legación. Entonces las señoras inglesas tenían la buena costumbre, que luego han abandonado, de llevar durante el día trajes cuyas faldas no llegaban al suelo (¡ah pillín!), lo que además de ser muy limpio, libres las dejaba las dos manos. Siempre saludaban las primeras, y los hombres no podían mirarlas ni saludarlas, cuando iban fumando.»

«Durante la *season*, que desde principio de Febrero se prolongaba hasta los primeros días de Agosto, muy frecuentes eran los tés á las cinco de la tarde, las comidas y los bailes, etc.»

«Casi todo el tiempo de mi permanencia en Londres viví en el piso principal del núm. 3 de Charles Street, cerca de Grobner Square, ó sea calle de Carlos, cerca de la plaza de Grobner (que, por cierto, señor Conde, no es *Grobner*, sino *Grosvenor*). En el segundo piso habitaba el conde de Corti, muy amigo mío, secretario de la Legación del Piamonte, que fué luego Embajador de Italia en Madrid. Ahora esa calle llámase Carlos Street, á petición del conde de Soveral, ministro de Portugal, en recuerdo del joven Carlos duque de Alba, que allí vivió.»

Bueno. ¿Ustedes conciben que puedan escribirse doscientas cincuenta páginas aún menos interesantes que esas? Pues, todo el libro es así. Pero no resistimos al deseo de que sepan ustedes algunas de las memorables proezas del conde en Portugal. Vean, vean y gocen:

«Agradable expedición á Colares y paseo por el Tajo con los Olloquí y Castellanos. A la tertulia en la quinta viene Casal Ribeiro, siempre enamorado de Emilia Olloquí, que ningún caso le hacía. Ridícula fué su situación toda la noche, y cómica su despedida al ver que ella muy amable y afectuosa conmigo estaba. (¡Ah pillín! *bis*.)»

«Asisto á elegante y escogida tertulia del duque de Saldanha, en la que cantó el Rey D. Fernando algunas piezas amablemente, por saber que eran de las que me gustaban.»

«Regresa á Lisboa Ozeroff, y le doy



### UN PARTO ADELANTADO

GEDEÓN.—QUE SEA ENHORABUENA, DON JOSÉ.

CANALEJAS.—GRACIAS, MI NOBLE AMIGO. ESTE DISCURSO QUE ACABO DE DESCORCHAR ES TODO UN PROGRAMA DE GOBIERNO; PERO COMO TARDAREMOS UN RATO EN SUBIR, HE APROVECHADO LA PRIMERA OCASIÓN PARA LARGARLO.

unos botones que regalo á su hija Nadi-  
ne. A las ocho de la mañana voy al cas-  
tillo dos Moiros con los Olloqui, con  
quienes después almuerzo y como. Asis-  
to á la tertulia del duque de Saldanha...  
Nos enteramos el 25 de que se ha vuelto  
loco Casal Ribeiro. Dos años antes, otro  
ataque á la cabeza había padecido. A  
Maíra marcha el Rey D. Pedro. Des-  
pués de tomar chocolate en la quinta de  
la Regaleira, salgo en coche de Cintra  
el 29 á las nueve y quince de la mañana, y  
llego á Lisboa á las doce y quince...»

¿Lo ven ustedes? Todo el volumen es  
de la misma fuerza, de igual congruencia  
é interés.

Mentira que tan mal haya quien escri-  
ba parece. El de Casa-Valencia es, pues,  
el más malo de nuestros escritores, con-  
de. ¡Jesús! ¡Ya como Casal Ribeiro nos-  
otros también estamos!



## Lohengrin II

Al despertar Guillermo una mañana  
sobre el verde laurel del libretista,  
bullir sintió en su mente soberana  
ciertos vagos anhelos de conquista.

No es que quisiera recordar la historia  
que engrandeció su cuna y sus destinos,  
buscando los destellos de la gloria  
que hoy alumbrá más prácticos caminos.

Ni que aspirara á renovar acciones  
por que su nombre y su poder se extienda,  
propias de los antiguos campeones  
dorados por el sol de la leyenda.

Que hoy no viven las gentes animosas,  
héroes ayer del venturoso ciclo,  
pues las hazañas busca substanciosas  
la edad del automóvil y el biciclo...

Y las águilas fuertes adosadas  
al casco audaz de la imperial cabeza,  
bajan á tierra para ser pegadas  
en los cascos que esconden la cerveza.

También son puros y hasta son austeros  
de la presente edad los ideales;  
si no surgen los éxitos guerreros,  
hay que buscar los triunfos comerciales.

Así Guillermo, pensador moderno,  
pródigo en obras y en palabras parco,  
dejó la espada, se embutió en un terno  
y se lanzó á los mares en su barco.

Quiso desbaratar con su presencia  
campanas diplomáticas dañinas,  
y, protocolo al vivo, fué potencia  
cabe las propias playas tangerinas.

Allí, á espaldas de históricos legados  
que á España recogieron sus cañones,  
florece maquiuavélicos tratados  
y pacíficas ¡ay! penetraciones.

Mientras, miran las gentes asustadas  
y del cercano porvenir se quejan,  
que van siendo las bromas muy pesadas,  
porque no han menester que les protejan.

Y él allí estuvo. Sin buscar honores,  
fué á decir á los genios comerciales  
que no se necesitan protectores,  
que todos, más ó menos, son iguales.

No de otro modo á la región excelsa  
que descubrió el cantor apasionado  
llegó Lohengrin por defender á Elsa,  
caballero en su cisne immaculado.

Cambian los tiempos. El moderno traje  
no es como el del antiguo caballero,  
y á la barca ideal de albo plumaje  
sustituye un prosaico cañonero.

¿Mas no tienen idéntico sentido  
las dos hazañas de vigor fecundo?  
¿No es igual el romántico latido  
que el del primero, el del Lohengrin segundo?

Tal vez también de la contraria suerte  
ahora Guillermo la maldad no eluda,  
y Telramondo le persiga á muerte  
y le detenga en el altar Ortruda.

Mas siempre habrá un aplauso cariñoso  
para este emperador de americana,  
que se sintió viajante esplendoroso  
y vivió la leyenda wagneriana.

Almas pobres, espíritus entecos,  
contemplad y aplaudid esa grandeza.  
¡Y en honor del Quijote de Marruecos  
elevemos un doble de cerveza!



## Gedeón moreno

No hay salvación para nosotros!... Sin  
duda, en castigo de nuestras infini-  
tas culpas, el Hado se complace en amar-  
garnos la vida con dramas de todo géne-  
ro, y particularmente del género chico.

Es inútil que los ciudadanos de buena  
voluntad dediquemos todo nuestro es-  
fuerzo á convencer á los autores cómicos  
del verdadero fin para que fueron crea-  
dos. Los autores cómicos, con más serie-  
dad que un gabán de pieles y más tristeza  
que el ministro de Agricultura, siguen  
empeñados en el cultivo de la homeopa-  
tía melodramática.

Ni siquiera la famosa catedral del gé-  
nero chico ha tenido el valor de combatir  
ese microbio que envenena nuestras ho-  
ras y nuestros teatros por ídem; al con-  
trario, le cultivó con esmero y trabajó  
por la extensión de la epidemia. Y ahora  
mismo, queriendo, sin duda, demostrar-  
nos que no hay más cera que la que  
arde, vuelve á servirnos otra cosita des-  
agradable, mustia, entenebrecedora y  
macilenta, capaz de acabar con el buen  
humor del hombre más agradable de la  
tierra.

Sí, señores, sí; en Apolo, en el mismo  
Apolo, donde antes nos hacían *de reir* las  
tripas, ahora nos hacen *de llorar* los in-  
testinos. La broma fúnebre se llama *La*  
*Galerna*, y se debe á Larra y á Quinito,  
quien por esta vez se ha salido de sus  
polkillas.

¡Aquello sí que es luctuoso, caballe-  
ros!... Mesejo triste; Anselmo triste;  
Reforzo más triste que de costumbre; y  
la Brú y la Membrives participando de  
la tristeza general... Pero ¿quién diablos  
aconsejará á tanta gente, al parecer dis-  
creta, que se meta en tales fregados im-  
propios de su jurisdicción...?

Claro está que *La Galerna*, aunque  
triste, no tiene ninguna novedad particu-  
lar. Es el eterno amorcito, con su poquí-  
to de catástrofe y sus versos correspon-  
dientes; hay un traidorcete, un hombre  
bien templao, gente de playa y muchas  
olas... Hay también cierto abuso huma-  
nitario, y desde luego muy loable, de la  
acción meritoria de disputar al mar su  
presa; tanto, que *aquello* podría titularse  
sin inconveniente: «*La Galerna. Sociedad*  
*para el salvamento de naufragos...*» Con-  
viene hacer constar que en esta obra de-  
butó como pintor escenógrafo el marinista  
Martínez Abades. Con perdón sea  
dicho, sus decoraciones no son tan bue-

nas como el bombo que le atizaron los  
periódicos.

Y á pesar de todo, esta zarzuela que-  
jumbrosa hubiera sido un éxito enorme...  
hace quince años; precisamente en la  
época en que transcurre el prologoito...  
Mas ¡ay! así como el público se quedó  
algo frío desde el primer cuadro en ade-  
lante, en vista de que ha pasado tanto  
tiempo, ese género se ha quedado tam-  
bién bastante frío desde entonces, y ya  
no hay quien lo beba... ¡Son muchos  
días los 5.475 que han transcurrido desde  
aquéllos que alumbraron nuestra infancia,  
hasta estos presentes que apenas si nos  
alumbran...!

¡Que haiga risa, señores, por cari-  
dad...! ¡Que nos vamos á morir de tedio,  
mordiéndonos las uñas desesperadamen-  
te...! Porque no hay un teatro donde  
pueda uno asomar las narices sin miedo  
á verlas mojadas por el llanto... Por for-  
tuna, ha debutado en el teatro Cómico  
una compañía de perros, de perros de  
verdad, no de personas, y allí hay que  
ir para pasar el rato con regocijo.



## SEGUNDA BALADA DEL «PRINCIPIO DE AUTORIDAD»

Quisieron los estudiantes  
cierto acuerdo suspender,  
y enérgicos y arrogantes  
sus derechos defender.

Mas, como siempre, enfadoso,  
molesto y sin majestad,  
les salió al paso el famoso  
«principio de autoridad.»

«¡Se les dará lo que piden,  
puesto que tienen razón;  
pero es preciso que olviden  
sus aires de rebelión!»

Tal dijo una voz amable  
no exenta de gravedad,  
defendiendo el inmutable  
«principio de autoridad.»

¡Oh anciano y enorme ripio  
que te subes al magín!...  
¡Quien tome en serio el «principio»  
no puede tener buen fin!...

Cien veces se ha demostrado  
la torpe inutilidad  
del magnífico y sagrado  
«principio de autoridad.»

Si el humo en su sér se esconde,  
¿para qué armar un belén?...  
Bueno que lo esgrima el Conde,  
¡pero un ministro también...!

Sin duda es de mal agüero  
y excita la vanidad  
el tremebundo, el austero  
«principio de autoridad.»

ENVÍO

Lacierva: si estás dispuesto  
para ser algo á tu edad...  
¡olvídate del molesto  
«principio de autoridad.»



## ...Y armas al hombro

Seguimos sin saber si tendremos toros  
ó no los domingos.

Seguimos sin saber si abriremos ó no  
las Cortes.

Seguimos sin saber lo que haremos para  
el Centenario.

Seguimos sin saber si se marcha o no el ministro de la Guerra.

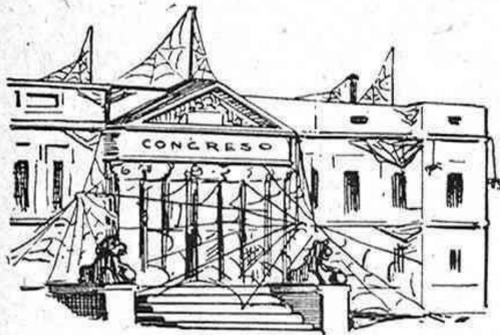
Y aún podríamos enumerar otra porción de ignorancias en que estamos.

Pero más valdrá resumirlas con una fórmula barata y definitiva.

Seguimos sin que nos importe un Ugarte de ninguno de esos asuntos.

Nuestros amables colegas diarios sudan el quilo para montar en cólera todas las noches de once á una los de la mañana, y todas las tardes de una á tres los de la noche, ante la inactividad del Gobierno, por las infracciones constitucionales, el marasmo, etc.

Hay quien lamenta y deplora, como si le hubiesen amputado un miembro importante, la terrible incicencia de que en el Palacio de la Representación Nacional (Cortes, esquina á Floridablanca, por si lo habían ustedes olvidado) estén creciendo y desarrollándose las telarañas en proporciones verdaderamente espantosas.



Gedeón, en cambio, ve este consolador espectáculo con una vaga, una ténue simpatía, y hasta con ecuanimidad perfecta.

Vamos á ver, queridos colegas diarios, ¿qué falta les hace á ustedes, ni á nadie, escuchar las majaderías que en aquel establecimiento han de esparcirse cuando se abra? ¿Creen ustedes de buena fe que el Sr. Villaverde, ó el Sr. Maura, don Segis ó Canalejas habrán discurrido algo salvador en este interregno? ¿Apuestan ustedes algo á que si se abren nuevamente las Cortes no dejaremos de oír las mismas majaderías de siempre?

¿No será ya hora de que declaremos honradamente que en el Congreso se aburre uno tanto como en el teatro Español, y que entre la oratoria de Maura ó de Lacierva y el arte de los hermanos Díaz de Mendoza, lo preferible es quedarse en casa?

Únicamente nos quedaba como recurso para reinos un poco, las insulsecas y cursilerías con pretensiones de cosas sabias y maliciosas que prosigue expectorando el Sr. Silvela (D. Francisco) con el nombre ó mote de *Historia de la Etica*.

El mejor comentario á éstas y á las otras congríeces del ex hombre ex público y ex Paco, fué el comentario de unos apreciables golfos, quienes al ver salir el otro día á D. Paco del Ateneo con toda



la Etica apabullada, se acordaron de la nefasta prosa antitaurina del hombre y exclamaron con el sonsonete de moda:

*Abi va,  
abi va  
el tío del voto particular.  
Miralé,  
miralé  
cómo se arrima á la paré.*

Lo cual no tiene, en verdad, ningún chiste, pero es el colmo de la espiritualidad y del gracejo comparado con la *Historia de la Etica*.

En cambio, es verdaderamente graciosa y original la actitud del inédito, incógnito é inaudito representante de Belona en el Ministerio.

(¡Ojo, compadre Regleta, no confundir al representante de Belona con el representante de Belón, ese apreciable sujeto que pasea por los sitios frecuentados de la corte, vestido con frac rojo de lo más smart y ostentando en el dorso unas letras blancas que anuncian no sé qué mercancía!)

La situación de Martitegui viene á ser parecida á la de aquel viajante catalán que personificaba el difunto Rossell con tanta gracia.

El hombre llevaba con sus maletas en el tren un tricornio de la Guardia civil: en llegando á cualquier estación se ponía el tricornio, se asomaba á la ventanilla y... ya no tenía miedo á los ladrones.

Lo mismo hace el bueno de D. Vicente (creo que se llama Vicente, como todos los demás ministros de D. Raimundo), Martitegui, vamos.

El hombre está siempre decidido á coger el tricornio y las maletas y largarse.



Es lo que dice Lacierva cuando se siente con ganas de maledicencia agradable:

—¡Sólo á D. Raimundo se le ocurre meter un guardia civil en el Gabinete!

Pero sólo Lacierva se atreve á bromear.

Los otros se están temiendo salir de su apoteosis conducidos por el guardia civil.

Y menos mal que para entretener á la gente hambrienta seguimos ocupados con eso del Centenario del *Quijote*.

La Junta se reúne con frecuencia, y no hay que decir si discurrirá maravillas.

Con decirles á ustedes que siendo el autor del *Quijote*, como saben todos los niños del Instituto, un gran autor dramático, á ninguno de esos ilustres señores se les ha ocurrido que resultaría de relativa oportunidad representar en el teatro alguna obra de Cervantes...

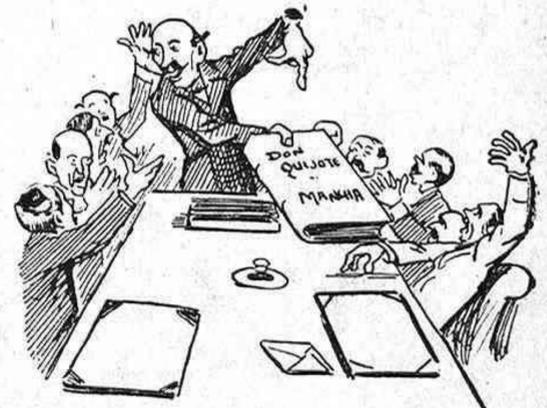
No, no; se representará no sé qué cosa de D. Ventura de la Vega, que, al fin y

al cabo, era un autor bastante conocido cuando gustaban los cuadros del Sr. Ferrant, los cuellos y puños del marqués de las Guadalerzas y las levitas inglesas del de Távora.

Eso, eso: cosas de D. Ventura de la Vega, el consabido himno *Gloria al Arte*, un par de murgas ú orfeones, su poquito de batalla de flores, retreta militar, y á casa, que llueve.

El otro día, un señor de la Comisión entró gozoso y alborotado en el seno de la misma.

En la mano llevaba un libro luminoso, á su entender, para ilustrar el importante problema que todos estaban debatiendo.



Empezó á leerle, y todos se rieron mucho.

El comienzo del libro era el siguiente: «En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme...»

Entretanto, por la parte de Morería se ha alborotado el gallinero.

La cosa parece una fábula.

Había una vez una gallina y un gallo.

La gallina era francesa, ya se sabe.

El gallo, naturalmente, inglés.

Entre los dos convinieron comerse por turno un plato de alcuzcuz.

El moro miraba su comida melancólicamente.

Cuando, de pronto, el gallo y la gallina vieron aparecer al zorro.

El zorro, naturalmente también, era alemán.

Y en cuanto asomó el zorro el hocico,

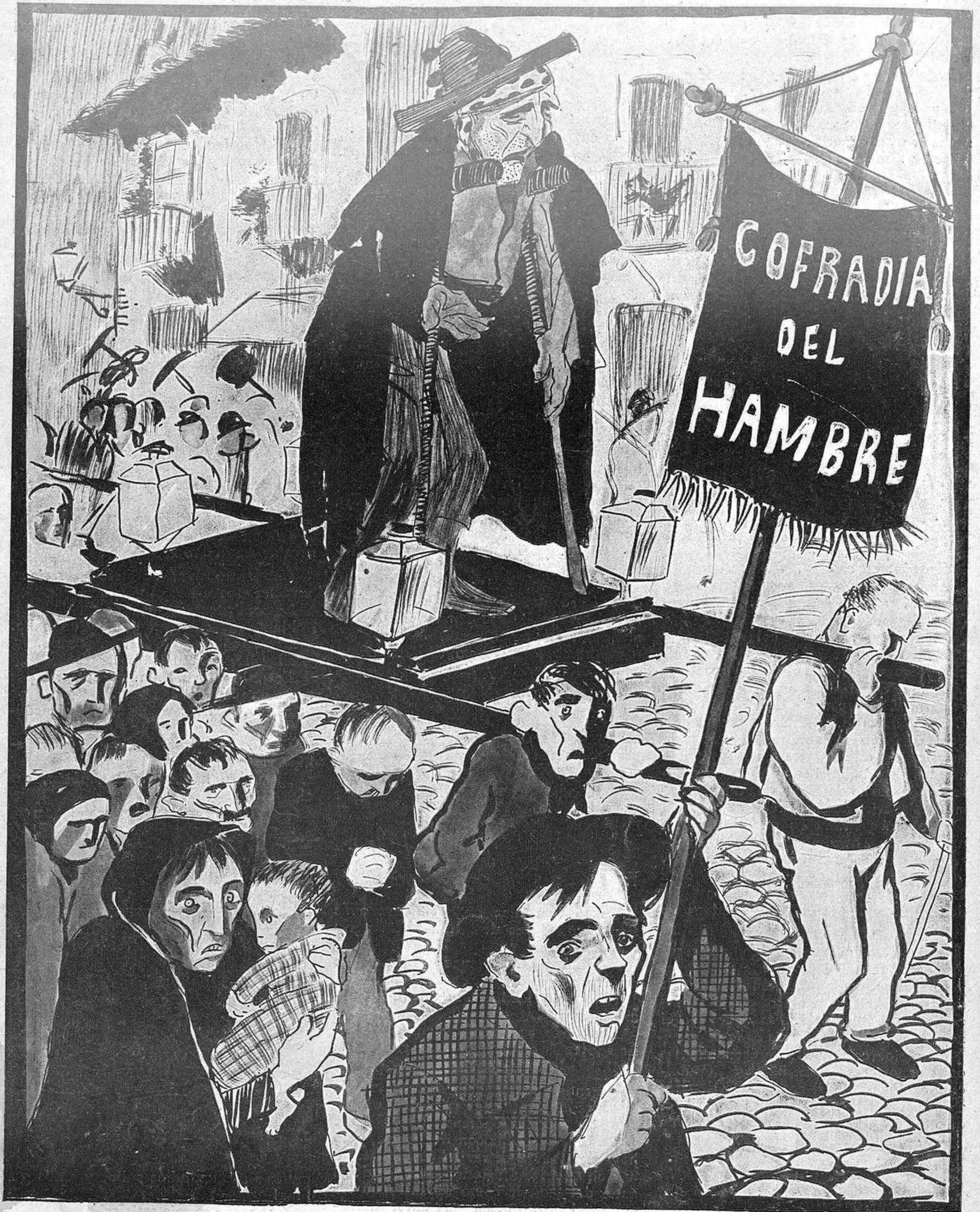


¡adiós alcuzcuz, adiós gallo, y adiós gallina!

Y el moro se reía satisfecho.

¿Qué, no les ha hecho á ustedes gracia el cuento?

Como que para los españoles no tiene ninguna.



**PARA LA SEMANA SANTA EN SEVILLA**

UNA COFRADÍA NUEVA QUE SALDRA ESTE AÑO, Y QUE LLAMARA SEGURAMENTE LA ATENCION